

en que el pueblo y la guarnición fraternizando se habían adherido simultáneamente al programa de Manzanares, y poco después la del pronunciamiento de Zaragoza, á cuyo frente figuraba el entusiasta general Gurrea.

Ya no quedaba la menor duda: el ministerio Sartorius estaba muerto: los hombres inmorales que le componían y los allegados que le apoyaban hacían en silencio y poseídos del terror sus preparativos para huir cautelosamente á devorar en extranjera tierra el fruto de sus rapiñas. Una carta anónima que llegó á manos de la Reina el día 16, pintándola con vivos colores lo terrible de la situación y el volcán que iba á estallar de un momento á otro abrió los ojos á la engañada Isabel y la convenció de que peligraba seriamente su trono si se obstinaba en permanecer adherida á la funesta política de sus ministros que la arrastrarían indefectiblemente en su ruidosa caída. La sangre de Fernando VII se reveló en el corazón de aquella pérfida mujer, que no vaciló en sacrificar á sus servidores cuando vió que su propio interés así lo reclamaba. Es verdad que sus simpatías estaban con ellos; pero el egoísmo era para ella la suprema ley y determinó doblegarse ante las exigencias de la necesidad, para aguardar un momento en que pudiera sin peligro recobrar las prerogativas que por el pronto era necesario sacrificar. A esto debieron también inclinarla los consejos de su madre, que como más experimentada en estos negocios y más acostumbrada á esta elasticidad, conoció que era preciso sacrificar á sus leales amigos y aliarse en apariencia con los liberales para evitar un golpe doloroso.

En su consecuencia la Reina exigió á sus ministros que presentaran su dimisión y estos no tuvieron más remedio que obedecer á la necesidad. Hubiera sido lo más lógico en aquellas circunstancias, puesto que la Reina reconocía el derecho de los sublevados y el programa de estos era bien conocido, como así también el espíritu que predominaba en los pronunciamientos de Barcelona, Zaragoza, Valladolid y otras ciudades, buscar un hombre bien acreditado por sus doctrinas progresistas y encomendarle formar un Ministerio que correspondiese á las necesidades de las circunstancias. En todo se pensó menos en esto: el mal intencionado proyecto de Cristina, que fué el alma de estas intrigas, se redujo á separar á los ministros que se habían hecho odiosos y contra quienes tronaba la cólera de la Nación entera, y sustituirlos con la dominación transitoria de un hombre, también moderado y de su entera confianza, que rodeándose de unos cuantos patriotas conocidos tranquilizase los ánimos y desviase la tempestad que rugía ya: una vez logrado esto y aquietada la fermentación pública, se hubiera establecido un Ministerio conservador, se hubieran devuelto sus honores á los generales vicalvaristas, se les hubiera amansado colocándolos en los puestos más honrosos y todo hubiera concluido sin detrimento de las prerogativas reales ni de los intereses de la duquesa de Riánsares.

Fué por lo tanto el elegido para constituir aquel Ministerio transitorio el general Fernandez de Córdoba, bien conocido por sus opiniones moderadas y que en los últimos años había ocupado puestos muy importantes en la milicia: verdad es que su nombre era poco simpático para el país, especialmente para el pueblo de Madrid que le conservaba cierta ojeriza por recuerdos no muy lejanos, pero esto no pareció un grave obstáculo. Aceptó el general Córdoba el encargo que